

propicios, y son escasos los parajes que merezcan realmente el nombre de *Golfo de las Damas* que los primeros pilotos españoles dieron al «Pacífico» mejicano, porque, como decían, el brazo de una mujer bastaba para dirigir la embarcación. Ciertas partes del Océano, situadas en el recorrido de los vientos rápidos, de las ráfagas y de los ciclones, se elevan y se hunden en ondulaciones poderosas donde, a veces en un caos hirviente de olas entrecuchadas, parece que todo esquife había de desaparecer rápidamente. Y, sin embargo, tal es la fuerza de atracción que ejerce este mar siempre en movimiento, y tal es, por otra parte, la necesidad y el hambre que sienten muchos pueblos establecidos sobre una costa estéril, cerca de las aguas de pesca abundante, que, hasta en esos peligrosos sitios el marino se aventura sobre débiles tablas industriosamente reunidas.

Sobre el contorno de los continentes, en las islas y en los archipiélagos, no hay lugar que no conserve en su nomenclatura toda una historia siniestra de naufragios y desastres. Para los ribereños de la costa bretona, el nombre de «bahía de los Muertos» no es un término geográfico como tantos otros, y al pronunciarlo piensan en la serie de dramas que allí se han realizado en la epopeya terrible de las existencias humanas devoradas por el mar: se les representan los buques con los mástiles rotos, las velas desgarradas, empujados de modo irresistible hacia la costa; oyen el choque de la quilla rozando la arena, el arrastre de las anclas y de las cadenas sobre las piedras; durante las noches tempestuosas, parécenles oír gritos, los lamentos de los desesperados, de los moribundos, hasta de los muertos, sobre los mugidos de las olas.

Y si el mar obra tan poderosamente sobre los espíritus de las poblaciones costeras más o menos civilizadas y hasta de los marineros de nuestras marinas modernas, a pesar de las nuevas invenciones, de las maravillas de la máquina, de los itinerarios razonados, cuánta mayor debiera de ser su influencia determinante sobre insulares alejados de la costa, viviendo, como las gentes de las Hébridas, de las Orkney, de las Shetland o de los Färöer, sobre rocas casi sin árboles, revestidas de un musgo escaso, cortadas bruscamente en acantilados por la erosión de la ola y sin otra comunicación con la playa y el mar mugiente que estrechas fallas o chimeneas casi verticales por donde se desciende por medio de cuerdas.



TIPO DE CANOAS NEO-ZELANDESAS, HECHAS DE TRONCOS DE PALMERAS

(La vela es de palmas reunidas)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía del Museo de Etnografía

pañero y con frecuencia su asesino; le aman, le adoran, pero se sienten fascinados, hechizados, aterrorizados por la vista de las aguas, y viéndolas, piensan que dormirán un día en una capa de algas o de arenas. Su constante impresión da seriedad a la existencia: el marinero conserva siempre en su plácida mirada como un reflejo de la muerte que tantas veces ha desafiado.

El gran contraste de los medios—campiñas del interior y playas marinas—determina una singular oposición entre las gentes de tierra y las de mar. Del uno al otro ambiente todo ha cambiado, la naturaleza y los individuos con ella. Se necesita formar parte de una humanidad ya muy avanzada para abarcar en su espíritu y fundir en una unidad más alta las impresiones tan diferentes y las ideas frecuentemente tan contradictorias que sienten y profesan las gentes de la tierra firme y las de la costa estremecida por el choque de las olas: por todas partes, en los orígenes, se manifiesta como un desdoblamiento entre los dos grupos de poblaciones actualmente unidos en el conjunto mundial. «La historia se ha engrandecido por grados con la grandeza de los mares»¹ y se hace una cuando todas las cuencas marítimas se han unido en el inmenso Océano.

Una marcha de guerra, a menudo desviada por las incursiones y las conquistas, separaba los enemigos. Establecidos en islas o penínsulas, los rudos marinos querían reservarse la posesión de sus pesquerías de peces, de conchas, quizá de corales, de ámbar, de perlas y se proveían para el tráfico de los objetos preciosos con los países lejanos. Según las circunstancias, eran comerciantes o piratas: en tal lugar de cambio donde no hubieran podido ser los más fuertes, se presentaban como mercaderes honrados, cambiando sus géneros de conformidad con las reglas convenidas del derecho de gentes que imponen los intereses recíprocos; en otras partes se presentaban como enemigos, saqueando ciudades, matando los hombres y llevándose mujeres y niños para reducirlos a la esclavitud.

El odio tradicional entre primitivos que difieren por el medio, la profesión y la comprensión general de las cosas, justificó durante mucho tiempo esas atrocidades.

Los Fenicios y los Cartagineses en los tiempos antiguos, los

¹ Ratzel, *Anthropogeographie*, I, pág. 273.—La Réveillère, *Conquête de l'Océan*.

Vikings en la Edad Media y recientemente los Berberiscos y los corsarios malayos y chinos son ejemplos de esos pueblos marítimos, enemigos de las gentes de la tierra firme. Alternativamente



FARO DE LA ISLA DE UNST, EL PUNTO MÁS AL NORTE DE LAS ISLAS SHETLAND

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

tivamente traficantes o piratas, según las conveniencias del momento, eran a la vez destructores por el estrago, la muerte y la esclavitud; civilizadores porque traían mercancías, por las ideas nuevas que sembraban en su camino, a veces también por los cruzamientos que hacían nacer familias más aptas para la modificación y para el progreso.

Es ciertamente indispensable estudiar aparte y de una manera detallada la acción especial de tal o cual elemento del medio, frío o calor, montaña o llanura, estepa o bosque, río o mar, sobre tal o cual pueblo determinado; mas por un esfuerzo de abstracción pura es como puede presentarse ese rasgo particular del medio como si existiera separadamente, y así es como se trata de aislarle de todos los demás para estudiar su influencia esencial.

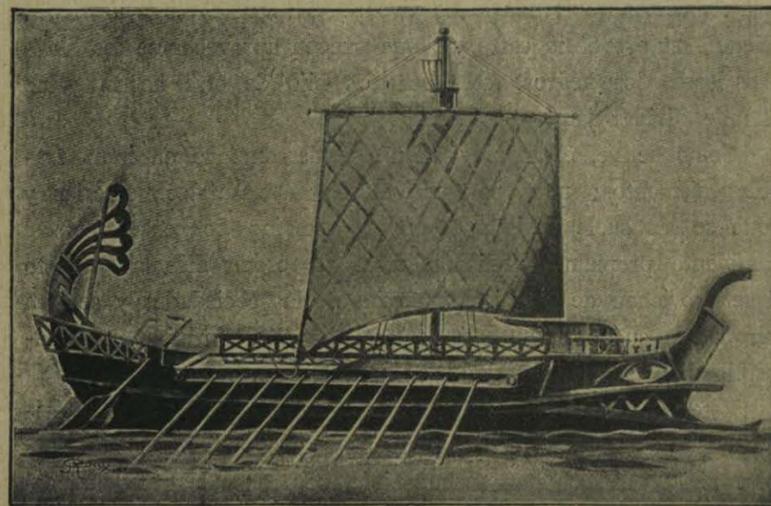
Aun allí donde esta influencia se manifiesta de una manera absolutamente preponderante en los destinos materiales y morales de una sociedad humana, no deja de mezclarse a una multitud de otros incentivos, concomitantes o contrarios en sus efectos. El medio es infinitamente complejo, y el hombre, por consiguiente, se ve solicitado por miles de fuerzas diversas que se mueven en todos sentidos, añadiéndose las unas a las otras, unas directamente, otras siguiendo ángulos más o menos oblicuos, o contrariando mutuamente su acción.

De ese modo, la vida del insular no está únicamente determinada por la inmensidad de las olas que le rodean: es preciso tener en cuenta el grado de latitud bajo el cual pasa su existencia, la marcha anual del sol que le ilumina, las oscilaciones de la temperatura, la dirección y el ritmo de los vientos, la acción, menos conocida, pero no menos positiva, de las corrientes magnéticas con todos sus fenómenos de declinación, inclinación y de intensidad; conviene también consignar, alrededor del grupo social que se estudia, la estructura de las rocas, la consistencia y el color del suelo, el aspecto y la variedad de las plantas y de los animales, el conjunto de los paisajes circundantes; en una palabra, todo lo que en la Naturaleza exterior puede obrar sobre los sentidos. Cada uno de nosotros es, en realidad, un resumen de todo lo que ha visto, oído y vivido, de todo lo que ha podido asimilarse por las sensaciones.

Todavía ese medio primitivo constituido por el ambiente de las cosas, no es más que una débil parte del conjunto de las influencias a que el hombre está sometido. Las necesidades de la existencia determinan un modo de alimentación que varía según las comarcas; así la desnudez o el vestido, la vida al aire libre o las diversas habitaciones, grutas y techos de hojas, cuevas y casas, obran y reaccionan sobre el modo de sentir y

de pensar, creando así, en gran parte, lo que se llama «civilización», estado incesantemente variable de adquisiciones nuevas, mezclada a supervivencias más o menos tenaces. Además, el género de vida, combinado con el medio, se complica con muchas enfermedades, contagios repentinos que cambian de conformidad con el país y las latitudes, y se propagan al infinito en el conjunto de las fuerzas que determinan la humanidad.

Al medio-espacio, caracterizado por los mil fenómenos exteriores, ha de añadirse el medio-tiempo, con sus transformaciones incesantes y sus infinitas repercusiones. Si la historia co-



GALERA FENICIA

Dibujo de G. Roux, según una reconstitución del Museo del Louvre.

mienza por ser «toda geografía», como ha dicho Michelet, la geografía se vuelve gradualmente «historia» por la reacción continua del hombre sobre el hombre. Cada nuevo individuo que se presenta, con acciones que admiran, con inteligencia innovadora, con pensamientos contrarios a la tradición, resulta un héroe creador o un mártir; pero, feliz o desgraciado, obra y el mundo se encuentra cambiado. La humanidad se forma y se reforma con sus alternativas de progresos, de retrocesos y de estados mixtos, cada una de las cuales contribuye de diverso modo a modelar, amasar y reamasar la raza humana.

¿Cómo enumerar todos esos hechos cuya acción se sucede con las sociedades y las remueve constantemente? Las emigraciones, los cruzamientos, las proximidades de pueblos, las idas y venidas del comercio, las revoluciones políticas, las transfor-

maciones de la familia, de la propiedad, de las religiones y de la moral, el aumento o la disminución del saber, son otros tantos hechos que modifican el ambiente y al mismo tiempo influyen sobre la parte de la humanidad bañada en el nuevo medio. Pero nada se pierde: las causas antiguas, aunque atenuadas, obran aún de modo secundario, y el investigador puede hallarlas en las corrientes ocultas del movimiento contemporáneo, lo mismo que el agua, desaparecida del lecho primitivo de la superficie, se vuelve a encontrar en las galerías de las cavernas profundas. Así ha podido decirse con toda verdad que «los muertos gobiernan a los vivos». «El muerto coge al vivo». Según un proverbio cafre, de que pueden aprovecharse los blancos como los negros, «el hecho es hijo de otro hecho, y no ha de olvidar jamás su genealogía».

Como se ve, el medio general se descompone en innumerables elementos: unos pertenecientes a la naturaleza exterior y que se les suele designar como el «medio» por excelencia, el ambiente propiamente dicho; otros de orden diferente puesto que provienen de la misma marcha de las sociedades y se han producido sucesivamente, aumentando hasta el infinito, por multiplicación, la complejidad de los fenómenos activos.

Este segundo medio dinámico, unido al medio estático primitivo, constituye un conjunto de influencias en el que es siempre difícil, frecuentemente imposible, reconocer las fuerzas preponderantes, tanto más cuanto que la importancia respectiva de esas fuerzas primeras o segundas, puramente geográficas o ya históricas, varía según los pueblos y los siglos. Aquí son los fríos intensos que causan la despoblación de una comarca, la muerte de la raza, o que, obligando a los hombres a ingeniarse para acomodarse a un medio demasiado rudo, contribuyen indirectamente al progreso; allá, el mar o el río es el agente principal de la civilización; acullá es el contacto repetido con pueblos extranjeros, de diferente cultura, lo que fué la causa determinante del adelanto.

El cruzamiento de un pueblo ya muy avanzado en la ciencia y en las artes con elementos de otra procedencia y de cultura inferior es necesariamente el punto de partida de un nuevo retoño progresivo o regresivo: se ha visto respecto de Roma bajo la influencia de los griegos, y, de una manera ge-

neral, respecto de todas las tribus del mundo bárbaro que visitan los civilizados.

Como quiera que sea, las adaptaciones diversas de los pueblos, siempre complicadas con luchas y combates, no deben, sin embargo, ser consideradas como el resultado de la guerra contra la Naturaleza o contra otros hombres. Casi siempre, en perfecta ignorancia del verdadero sentido de la vida, nos complacemos en hablar del progreso como siendo debido a la conquista violenta: no hay duda que la fuerza del músculo acompaña siempre a la fuerza de la voluntad, pero no puede reemplazarla. En lenguaje ordinario se emplean las palabras «ducha», «victoria» y «triumfo», como si fuera posible utilizar otra vida que la de la Naturaleza para llegar a modificar las formas exteriores: es preciso saber acomodarse a sus fenómenos, aliarse íntimamente a sus energías y asociarse a un número creciente de compañeros que la comprendan para hacer obra que dure.

Pero todas esas fuerzas varían de lugar a lugar, de edad a edad: en vano, pues, ha habido geógrafos que han tratado de clasificar, en un orden definitivo, la serie de los elementos del medio que influyen sobre el desarrollo de un pueblo; los fenómenos múltiples, entrecruzados de la vida no se dejan numerar en un orden metódico. Harto difícil es la obra, y no tiene más que un valor de convención y de apreciación personal cuando se trata de un solo individuo. No hay duda que éste ha de tratar de «conocerse a sí mismo», como le han enseñado y repetido los filósofos; mas para conocerse a sí mismo, necesita conocer también las influencias exteriores que le han modelado, estudiar la historia de sus ascendientes, examinar en detalle los medios anteriores de su raza, adivinarse en el estado subconsciente, recordar las palabras o las acciones decisivas que le han hecho escoger, como Hércules, entre los dos o mejor dicho entre los mil caminos de la vida. Y cuanto más grandes son las dificultades de estudio, cuando el pensamiento abarca vastas comunidades, naciones enteras que hasta han cambiado de nombre, de dueño, de fronteras y de dominio durante el curso del tiempo¹, se engañan absolutamente sobre el origen de sus abuelos.

También los historiadores, hasta investigadores como Taine,

¹ Mougeolle, *Statique des Civilisations*.

tan notable por su penetrante sagacidad, se limitan ordinariamente a describir los medios y las edades inmediatamente próximas para interpretar los hechos y los caracteres, método parcialmente bueno para dar ideas generales y medias, pero muy peligroso cuando se estudian genios originales, es decir, precisamente aquellos cuyo carácter, determinado por elementos distintos del medio ordinario, reacciona contra su ambiente. Tan difíciles son los problemas de la historia relativos a la sucesión de los medios, que de ordinario se les separa sumariamente, arguyendo una pretendida diferencia esencial de lo que se llama las «razas». Después de haber tratado de comprender las influencias inmediatas que obran de una manera evidente, se ponen todos los demás rasgos del carácter nacional a cargo de la supuesta raza. ¿Pero qué es la raza misma con todas sus características de estatura, de proporciones, de rasgos, de amplitud cerebral, sino el producto de los medios anteriores multiplicándose al infinito, durante todo el período transcurrido desde la aparición de los troncos iniciales del género humano¹? Lo que se llama «herencia de los caracteres adquiridos»² no es más que esta acción sucesiva de los ambientes. La raza está determinada como el individuo, pero ella emplea el tiempo necesario.

La historia de la humanidad, en su conjunto y en sus partes, no puede, pues, explicarse sino por la adición de los medios con «intereses compuestos» durante la sucesión de los siglos; mas para comprender bien la evolución realizada, es necesario apreciar también en qué medida los medios mismos han evolucionado por el hecho de la transformación general, y modificado su acción en consecuencia. De modo que tal montaña que antes extendía grandes glaciares en las llanuras, y cuyas formidables pendientes nadie se atrevía a subir, ha cesado de detener el movimiento de las naciones cuando amplios desfiladeros, apenas obstruidos por las nieves o hasta completamente libres, han abierto un camino entre las breñas, y vías subterráneas han franqueado el paso, que han recorrido carruajes llenos de ociosos y durmientes. Así también, tal río que pudo ser un poderoso obstáculo a tribus débiles e inhábiles para la

¹ Friedrich Ratzel, *Volkerkunde*, II, págs. 5. *Peuples*, pág. 19.
² Matteuzzi, *Les Facteurs de l'Évolution des*

navegación, se ha convertido después en la grande arteria de vida para los bateleros de sus márgenes.

A la orilla del Océano, tal «Fin de las Tierras», como el promontorio de Sagres, se transformó en un punto de partida para el descubrimiento de los continentes desconocidos. La llanura constituye, para el movimiento de la civilización, un mundo completamente diferente cuando está cubierta de árboles, cuando en ella brotan hierbas silvestres o las mieses, cuando la entrecruzan los caminos, o se destina a la edificación de viviendas humanas.

Hay también rasgos de la Naturaleza que, sin haber cambiado en nada, ejercen una acción muy diferente por el efecto de la historia general que modifica el valor relativo de todas las cosas. La forma de Grecia, por ejemplo, ha quedado la misma, excepto algunos detalles resultado de las erosiones y de los acarros; pero ¡cuán diferente significación tuvieron esos mismos contornos y esos mismos relieves cuando el movimiento de la civilización se dirigía hacia Grecia viniendo de Chipre, de Fenicia, de Egipto, o, después, cuando el centro de gravedad de la historia se situó en Roma! Entonces se produjo un contraste de los acontecimientos, comparable al de la luz que se esparce a la aurora sobre la vertiente de una montaña y de la sombra que le invade al anochecer. ¿Y no hacen surgir la vida de la Naturaleza triste, inerte en apariencia, la proximidad de un capital, la de un puerto, de una mina, de un filón de hulla? El mismo desarrollo de las naciones implica esa transformación del medio: el tiempo modifica incesantemente el espacio.

